

— Y como tal número de pueblos hase mancomunado con nuestras leyes y nuestras costumbres, importa mucho traerlos aquí, á fin de verlos repartir entre nosotros sus riquezas y no dejárselas gozar á ellos solos en su pleno y arbitrario albedrío. Creáronse los magistrados populares después de los patricios, y los magistrados latinos siguieron á los populares, y los magistrados extranjeros á los latinos. Conviene, pues, no detener este movimiento, sino ampliarlo, á fin de legar ejemplos á nuestros más remotos sucesores.

— Compañeros — dijo el taimado liberto, cortándole á Claudio la palabra: — todo esto que acabáis de oír, no significa otra cosa en último término y á la postre, que un comentario puesto á la resolución tomada por Claudio ahora mismo, destituyendo á Geta, no obstante su origen ingenuo, de la capitanía del Pretorio, y nombrándome á mí, no obstante mi origen servil.

— Pero ¿puedo yo nombrar y destituir á mi antojo? — preguntó Claudio.

— ¿No has de poder? — díjole Narciso.

— ¿No es emperador ya Silio?

— Seríalo ya, de no haber tomado estos acuerdos.

— ¡Y yo que había comenzado á pronunciar mi propia oración fúnebre y á hacer mi defensa personal ante la posteridad!

— Pues no has menester nada de eso, porque, en lugar de morir, vas á matar...

— ¿De veras?

— A tus implacables enemigos.

— Como quieras.

— Pues vámonos.

— ¿Dónde?

— A los alojamientos militares.

— ¿A qué?

— A ganarnos el ejército.

— Y cuando tengamos el ejército, ¿qué haremos?

— Una muy natural y sencilla cosa.

— ¿Cuál?

— Matar á Silio y Mesalina.

— ¡Oh! — exclamó Claudio, mientras Narciso decía:

— La litera imperial y á Roma.



Una escena de caza

CAPÍTULO VII

LOS ESPOSOS

— Narciso — decía Geta, encarándose con el capitán Turrano — encaja su Claudio en la estrechísima carroza cual si fuera un fardo.

— Y un fardo es de su comercio — añadió Turrano.

En efecto, Claudio dejó maquinalmente su palacio de Ostia y entró en su litera de viaje también maquinalmente como si fuese un autómeta.

— ¿Quién deseas que te acompañe, Claudio? — preguntó al César su liberto.

— Vitelio — respondió maquinalmente Claudio.

— ¿Quién más?

— Cecina.

— Gente poco interesada en este negocio — murmuró Narciso y se metió con el emperador en su litera.

— ¡Cuál caso tristísimo! — exclamó Cecina por no estarse callado

— Decretos de los dioses — observó Claudio con estoica resignación.

— ¡Oh infame cosa! ¡oh maldad grande! — añadía Vitelio como con estribillo.

— Esta es la conjuración más odiosa que inscribirán los anales romanos — dijo el taimado liberto para mantener la cólera de Claudio. — Un cónsul designado acaba de vulnerar todas leyes; una mujer predilecta de huir al hogar; unos senadores de profanar su fe; unos

auspices de mentir á los dioses; unos augures de burlar los augurios; unas vestales de complicarse con la impúdica; unos patricios de perpetrar el falso testimonio; unos magistrados de convertirse en histriones: todo lo cual merece castigos ejemplares, que Claudio infligirá con la majestad olímpica del sumo Jove y con los justos rigores del implacable destino.

Claudio no gustaba de oír especies tales relativas á su desgracia y á su deshonor, pues calló como un muerto á las exclamaciones de los dos compañeros por él elegidos y desoyó y desatendió, como si nada le dijese, la elocuente y ardorosa invectiva de Narciso; y viendo cómo desde aquel puerto á la capital podían mil veces hablarle del atrevimiento de Silio, del adulterio de Mesalina, del horror al crimen horroroso en los romanos, y del castigo aparejado, torció la conversación á objetos varios, pugnando por convertirla en una disertación literaria, muy desagradable á Narciso, quien se gozaba remetiéndolo en la herida con grandísimo empuje, á fin de que los crueles dolores causados por estos ensañamientos concluyeran sugiriendo al César un castigo proporcionado á la enormidad patente del crimen. Pero no estaba de tal humor Claudio, é insistía en hablar de todo, menos de lo concerniente á su deshonor y á su desgracia.

— Por aquí — dijo Claudio — entraron los viejos dioses troyanos en el amigo Lacio. Hector se los confió á Eneas, y Eneas los desembarcó en las riberas sacratísimas donde acaba la cuenca del padre Tíber y se tiende la segurísima rada de nuestra bella Ostia. ¡Cuántos dioses, enemigos de la romana gente, se conjuraron contra la edificación de una ciudad tan litúrgica! ¡Cuántos escollos surgieron de los mares, cuántas tempestades se desencadenaron en los aires, cuántos genios malos abortó el odio á impedir la generación de tan valerosa familia como la familia latina y el establecimiento de tan grande ciudad como la Ciudad Eterna! Ninguno de nuestros vecinos entonces nos facilitaba el paso. Todo se volvía contra nuestro nacimiento, cual si quisiera el hado hundirnos en el vientre de nuestra madre la Tierra y convertirlo en sepultura nuestra. Turno sitiaba el campo de los troyanos, nuestros padres, con rabia, mientras Eneas iba en pos de los etruscos á fin de granjearse amistades y hacerse con alianzas. Quien había de crear la gente latina,

tuvo que combatir antes con los latinos que con otro cualquier pueblo. Así, no deben extrañar los romanos que llamemos al extranjero y le repartamos en comunión el derecho de ciudad, cuando, si en su genealogía quieren subir con el pensamiento y con el recuerdo, encontrarán los primeros enemigos suyos entroncados con su propia stirpe y henchidos de su misma sangre.

— De seguro — exclamó Narciso, trayendo por los cabellos una interrupción á este calmante que Claudio buscaba en los estudios clásicos, — de seguro no hay en toda *La Eneida* un episodio como el casamiento de tu cónsul con tu mujer.

— ¡Cuál caso tristísimo! — exclamó Cecina, como si no supiese decir ninguna idea más.

— ¡Oh infame cosa! ¡oh grande maldad! — volvió á repetir Vitelio.

— Por aquí, por estos campos — continuaba Claudio, como si nada oyese — apareciósele á Eneas una divinidad coronada de rosas, vestida de púrpura, regocijada con los anuncios que llevaba en sus labios; y sin hollar apenas el suelo con sus borceguíes azules, le dijo que allí donde hallara una lechona blanca que acabase de parir treinta lechoncitos, fundase Lavinia, la ciudad por el cielo destinada en sus inescrutables decretos á reunir los penates troyanos, que aún vemos en los palacios augustales y que aún adoran en el hogar nuestras familias.

— Penates — dijo el perseverante liberto — que han profanado y herido con sus irreverencias Mesalina y Silio, por lo cual provocante á castigarles, á fin de que, ofendidos y amargados por tal irreverencia, no dejen jamás de ser favorables y propicios.

— Lavinia — dijo Claudio, continuando en su discurso como si estuviera incomunicado con el mundo exterior — fué fundada por Eneas, Alba por Lavinia, Roma por Alba. Si una cerda preside al nacimiento de Lavinia, un jabalí preside al nacimiento de Efeso y una loba preside también al nacimiento de la Ciudad Eterna. Cuando Venus llora por la triste suerte de su hijo Eneas, Júpiter, consolándola con dulcísimas palabras, le revela cómo á esta genealogía de ciudades ha entregado la futura dominación del mundo.

— Que Silio quiere usurparte, y te usurpará — exclamó Narciso al vuelo, — si descuidases á tu Roma como has descuidado á tu Mesalina.

Los otros dos interlocutores volvieron á decir las fórmulas dichas tantas veces desde los primeros pasos del viaje.

— Mirad Lavinia, en el cerro donde acampó Eneas, con el río al pie, con el mar enfrente; miradla y ved cómo parece abandonada, no obstante su templo maravilloso, cuando todos á una debíamos guardarle con religioso culto la fe vivísima que le prometiera Eneas.

— ¿Qué fe quieres ver guardada en este tiempo, cuando una mujer licenciosa y un cónsul rebelde se han atrevido á profanar el tálamo imperial con fingidas nupcias, y á pretender el Imperio con atrevimientos, aun á esta hora consentidos é impunes?

Y los otros dos interlocutores volvieron á sus consabidas exclamaciones, que no cambiaban por nada ni por nadie, como si fueran oraculares fórmulas. Pero esta vez, no sabiendo bien por qué, cual suele acontecer en todo aquello que piensa ó dice un maniático, el oído cerrado del pobre Claudio se abrió, y así la voluntad como la inteligencia suyas á una se rindieron bajo el peso de tantas importunidades. Narciso, que lo conocía, notó su impulso á decir algo respecto de los novios, y calló él é impuso á sus compañeros de viaje silencio con su actitud recogida y atenta. Esperezóse Claudio, bostezó, pasó dos ó tres veces las manos por su rostro, y rompió en llanto de profundo y amargo desconsuelo

— ¡Claudio! — le gritó Narciso.

— ¡Nar...ci...so! — le respondió Claudio cortando las tres sílabas componentes del nombre de su liberto con tres amarguísimos sollozos.

— No me parece, Claudio, hora oportuna de llorar ésta; páreceme hora de castigarlos y de vengarte.

— ¡Mis hijos, mis hijos! — añadía Claudio berreando como un chico á quien le dan azotes.

— Por tus hijos debes proceder con toda severidad.

— ¡Octavia, hija mía!

Y parecía próximo á reventar su pecho al estallido de los lamentos.

— Cálmate.

— ¡Británico, Británico, el heredero de tanto Imperio!... — continuaba Claudio.

— A quien le será más grato — añadió Narciso, — pero mucho más grato ese Imperio, si lo recibe de tus manos, libre por completo del vínculo de infamias con que lo ha manchado Mesalina.

— Narciso, no debes olvidar ahora una cosa.

— ¿Qué no debo ahora olvidar?

— Que Mesalina es aún mi mujer.

— Sí, pero mujer indigna, mujer adúltera, mujer facciosa, cuyas rebeldías tan sólo pueden compararse con tus beneficios.

— Cree, Narciso, que no podemos airarnos con las mujeres tan fácilmente como tú supones. Las hemos, por Hércules, mimado de tal suerte, que hoy apenas ejercemos autoridad ninguna en ellas. Nuestros padres refrenaron su lujo y nosotros lo dejamos en el mayor desenfreno. Para que las mujeres pudieran llevar pendientes en sus orejas, allá por la Roma primitiva, necesitaron invocar la prestación de servicios á la República y á la patria, como el haber conjurado los odios de Coriolano y redimido á la patria de plagas y calamidades sin cuento. En la segunda guerra púnica no podían ceñirse trajes multicolores, ni ornarse con más de una onza en oro. Así como Aristófanes cuenta en sus comedias una insurrección de mujeres griegas contra sus maridos por la poca parte que éstos les daban en el gobierno, Roma cuenta en sus anales otra insurrección de las mujeres latinas contra sus legisladores por lo mucho que impedían la vieja licencia en achaques de lujo. Consentidas y mimadas por todos, ellas rehacen la naturaleza y se atreven á enmendarle artificiosamente la plana con adobos y menjerges; mienten blancura en la piel, negro en las cejas, oro en el cabello, rosa en las mejillas, púrpura en los labios; se miran en espejos de plata mayores que los estanques de sus jardines, y se airean con abanicos de pavo real más que Favonio airea las arboledas; compran las cabelleras tendidas sobre sus espaldas en Germania y las pastas depilatorias de su vello en Rodas; emplean en vestirse toda la mañana socorridas por un ejército de siervas jefes y cuentan más vasos argénteos y áureos para su tocador que la diosa Juno en los templos para sus ofrendas; astringen sus carnes para que no suden y atiborran de menta sus bocas para que no huelan; se calzan coturnos sembrados de perlas y se coronan con tiaras brillantes de pedrería como cualquier divinidad asiática; se pegan

medias lunas en la frente, y en los tobillos aros que diríais grilletes preciosos; almacenan más vestidos que hojas soportan los árboles y gastan más piedras preciosas que lucen estrellas las noches; su corte doméstica obscurece la corte de los césares, y sus aduladores constituyen una legión ó un clero. ¿Cómo queréis, con estas costumbres, moderarlas y corregirlas?

— Si tu mujer — le observó Narciso — no hubiera en su vida hecho más que ornarse, vaya en gracia, perdonáramoslo fácilmente; pero al querer vestirse la púrpura, exclusiva de su esposo, y alzarse con intruso calavera en tu palacio y en tu Imperio, es reo de muerte y debe morir. El único favor que á su estirpe debe concederse, créeme á mí, Claudio; el único, es tenerte á ti por su juez y por su verdugo al mismo tiempo.

— ¿Cómo quieres que me alce á juez y verdugo, cuando no puedo desasirme á la debilidad irremediable, de mi corazón, la cual me nombra su cuidadoso defensor?

— ¿Será posible que la defiendas? Pues mira: ya puedes, Claudio, escoger la vía conducente al destierro, cuando no al suplicio. Procediendo así firmas tu propia sentencia de muerte.

— Yo creo que las mujeres serían buenas cuando se peinaban con los dedos y dormían sobre follaje. Desde que dejaron de alimentarse como se alimentan hoy los jabalíes, desde que dejaron la bellota, nadie puede con ellas. Para vestirse bien de lino y seda tuvieron que desnudarse antes del pudor y de la vergüenza. El dios Himeneo topa con más cazadores que las codornices, muy cebadas á su arribo, por las costas nuestras. ¡Buen caso hacen de su antorcha los que se adelantaron los goces legítimos suyos ilegítimamente y á obscuras. Mujeres castas al uso antiguo no hay para qué buscarlas, no. La mejor de todas acostará un favorito por lo menos cerca del tálamo conyugal. Ni en las cavernas podéis refugiarnos con ellas para preservarlas de mortales asaltos; si en poblado las buscan los hombres, en despoblado las buscan los dioses. Los templos parecen teatros, según lo que allí se enseña; los teatros burdeles, según lo que allí se representa. Así, las patricias se van tras los histriones y la virginidad no se halla ni entre las vestales. Plácenles más á las esposas de ahora los defectos del amante que las calidades del marido. Hay de ellas que compran por dinero

á los mismos traicionados guardando así la reputación de castas y púdicas. Nuestras mujeres no quieren parecer ya romanas, sino griegas, y griegas prostituidas. Las bandejas de plata donde rebosan las monedas de oro en la festividad nupcial representan el precio pagado por una licencia para que las faltas aún sean más duras con los agravantes del adulterio. Hasta en los gladiadores encuentran los maridos rivales afortunados. El hogar matrimonial recuerda un campo de batalla donde riñen todos, unos contra otros, sin esas treguas propias de las guerras; aquí se riñe hasta en la cama y en el sueño. No hay general que haya en sus asedios arruinado tantas ciudades como arruinan estas mujeres casas y más casas. Dios nos libre de sus aficiones; si tañen, piden que sea en una lira cuajada de diamantes como aquel tan grueso y tan caro de la riquísima Berenice. Con estas costumbres, ¿cómo quieres meter en cintura las mujeres?

— Pero no debes, Claudio, medir á tu mujer por un rasero vulgar, ni ponerla en la balanza donde pesamos las mujeres de los demás hombres. Una diosa deberá tener mayor majestad que las emperatrices, y las emperatrices mayor majestad que las patricias, y las patricias mayor majestad que las plebeyas, y las plebeyas mayor majestad que las esclavas. Siendo tantos los privilegios de que ha gozado Mesalina, deberán sus deberes correlacionarse con tales privilegios. Y por lo mucho que puede, por lo mucho que manda, por lo mucho que significa, estaba en el caso de guardar, no solamente la clara limpieza de una familia más necesitada de legitimidad que ninguna otra, la indispensable seguridad interior y exterior de un Imperio, donde no tenía otra mujer que se levantara sobre su persona ó que fuese ante ella y sobre ella. Deja pasar crímenes como el perpetrado por Silio con Mesalina, y no solamente se deshará tu diadema, se deshará el mundo todo sin remedio.

— Yo vitupero á Mesalina, por haber faltado á su esposo, por haber desatendido á mis pequeños, por haberse puesto en abierta rebelión, así contra su amo el emperador, como contra el régimen vigente hoy en Roma, contra el Imperio; pero te digo que actos de tal naturaleza están autorizados por los romanos ejemplos y por las costumbres romanas.

— ¡Qué situación — iba pensando para sus adentros Narciso. — En vano le ponemos ante la vista el crimen perpetrado; no quiere verlo. ¿Qué hacer?

En esto el cortejo imperial se iba poco á poco acercando á Roma, y cerca ya de la ciudad oyóse un tumulto increíble.

— ¡Claudio! ¡Claudio! — se oía distintamente gritar entre aquel fragor.

— ¡Mesalina! — exclamó espantado Narciso.

— ¡Esposo mío! — exclamaba Mesalina.

— Voz penetrante y suave; — dijo Claudio al oirla.

— Penetrante y suave — añadió Narciso — como el sutil veneno, grato al paladar, asesino al estómago.

— ¡Claudio! ¡Claudio! — continuaba gritando la emperatriz.

— ¡Que aparten esa mujer! — exclamó Narciso con imperio.

— ¡Tus hijos! — gritó Mesalina tendiendo los brazos á la majestuosa litera del emperador, perplejo y vacilante.

— Recuerda tu Octavia, esposo mío.

— ¡Mi Octavia!... ¡Cuán tierna y hermosa! — dijo el esposo.

— Pero de cuya honra y felicidad no se ha cuidado su madre.

— Recuerda tu heredero, tu Británico, el emperador de mañana por tu propia voluntad y por tus santas leyes.

— ¡Británico!... — decía Claudio, como quien hace un esfuerzo recordando cosas y especies olvidadas.

— Sí, tu Británico, engendrado por ti en mis entrañas.

— Pero á quien esa mujer despojaba calladamente del Imperio.

— ¡Tu Británico! — seguía diciendo Mesalina.

— Retíradla de ahí — mandaba con imperio Narciso.

— No me iré — decía clamando la emperatriz.

— Pues no habrá otro remedio — le respondió Narciso.

— Acuérdate, Claudio, de lo mucho que me has amado.

— ¡Vaya si me acuerdo! — respondió Claudio.

— Pues aún amó el Imperio mucho más que á ti, y amó á Silio mucho más que el Imperio.

— Déjame oirla.

— No puede ser; necesitarías en tus oídos mucha más cera que se puso Ulises para no escuchar á Circe.

— Déjame relamerme con el recuerdo de mis goces.

— Alejados por sus adulterios.

— ¡Claudio! ¡perdón! — gritaba Mesalina.

— Si no te quitas del lado esa mujer — decía Narciso al emperador, — quítate la vida.

— Comprendo que no puedo perdonarla.

— Pues entonces, ¿por qué tardas en infligirle su castigo?

— Porque al fin la llamé yo esposa.

— Para que te llamase á ti ella imbécil.

— ¿Me llamaba imbécil?

— A boca llena.

— ¡Grave cosa! — decía Claudio, no tan herido por lo que pudieran decir de su honra como por lo que pudieran decir de su talento.

— Ahí tienes su fidelidad.

— Eso de llamar imbécil á un marido como yo, legislador, César, cónsul, pontífice, paréceme cosa grave.

— ¡Y tan grave! — añadió Narciso.

— Esa mujer no se acordaba de mis edictos.

— No en verdad.

— Ni de mis arengas.

— Tampoco.

— Ni de mi gramática.

— Mucho menos.

— ¡Llamarme imbécil!

— Y te lo llamará todo el mundo como la perdones.

— Voy á castigarla. Ordena el castigo — djole Claudio; — mas... ¡si la quiero tanto, Narciso!

— ¡Dioses inmortales! — exclamó Narciso.

— Acércate, Octavia, y ponte de hinojos al pie de la carroza donde va tu padre.

No hubo menester Mesalina decirlo dos veces á la infantil princesa. En cuanto lo dijera su madre, cruzó las manecitas y se puso de rodillas en el sitio indicado, á la vista del padre profundamente dolorido.

— Anda — le dijo el taimado liberto al cochero imperial.

— ¡Detente! — le gritaba Mesalina — ¡detente! Una hija ruega por su madre al padre suyo, y este acto debe pareceros tan sagrado como cualquier acto religioso.